



# Las Fiestas Decembrinas en la Ciudad de México durante el último tercio del siglo XIX

Lic. José Luis Huerta\*

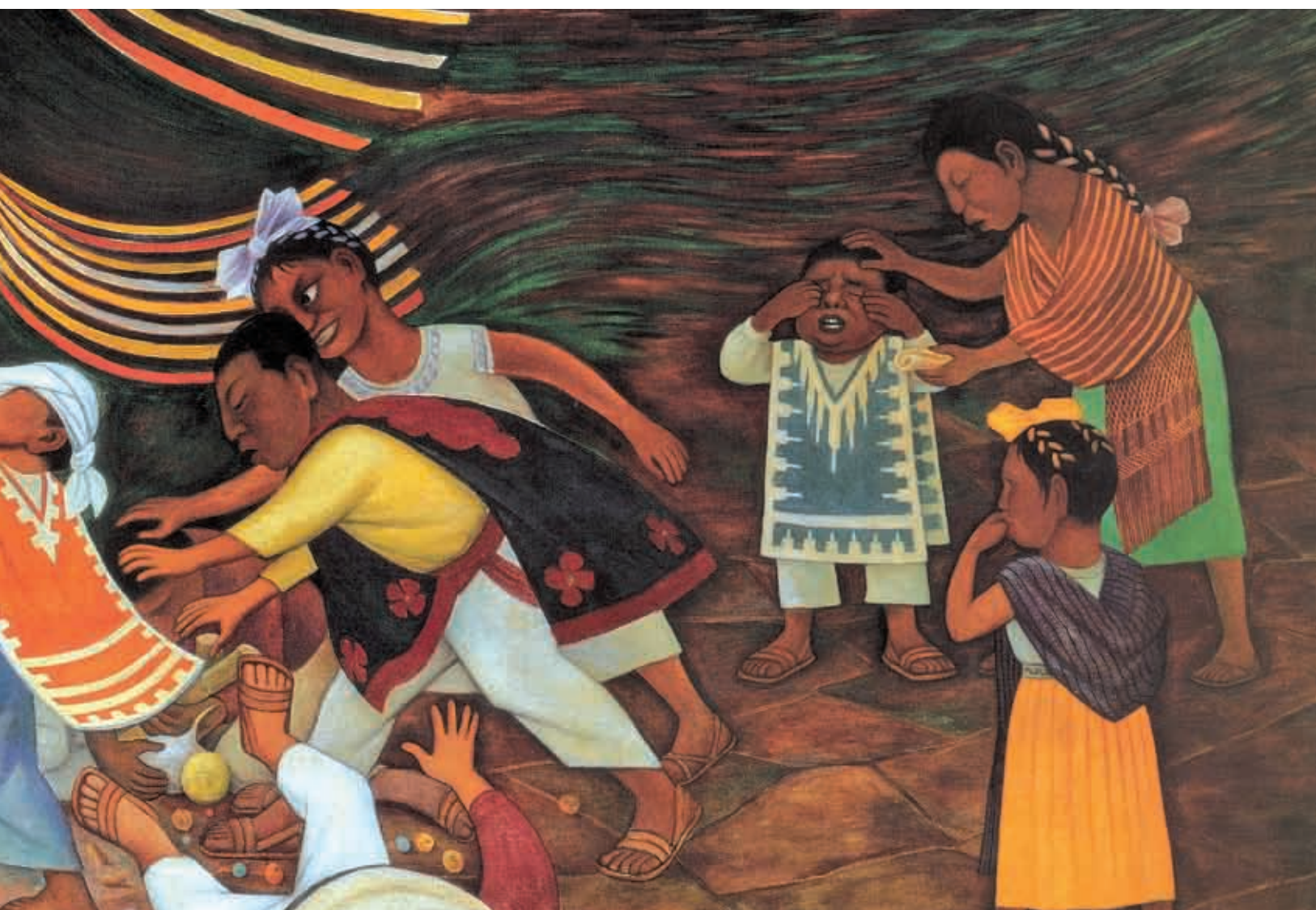
Un libro mal colocado en un estante, se dice, puede perderse para siempre. Si ello sucede con tomos de grosores considerables, ¿qué esperar de esos opúsculos que después de leídos dejan una grata impresión y el lector se niega a desecharlos?

Un cuadernillo publicado hace un cuarto de siglo pero olvidado hará unos tres lustros, reapareció de repente, en pleno 2011, en un librero del que esto escribe. Se trata de *Crónicas posaderiles*, compilación de relatos periodísticos sobre las fiestas de fin de año en la Ciudad de México en el último tercio del

siglo XIX.\*\* El material seleccionado, aunque mínimo, pinta un cuadro evocador acerca de estas celebraciones en una etapa que va de la República restaurada al Porfiriato.

La visión dominante por entonces era que tales festejos habían perdido mucho de su espíritu original, o sea el religioso. Una queja frecuente se refiere a que durante las nueve noches de posadas, el recorrido de los Santos Peregrinos de casa en casa no servía más que de pretexto para jolgorios *extrarreligiosos*: *chicoleos*, *amorcitos* y alegrías profanas, que encubiertas con el nombre

\*\* María del Carmen Ruiz Castañeda. *Crónicas posaderiles*. UNAM, México, 1986.



de “posadas de muchachos”, organizaban para sí los mayores. De ahí el comentario sarcástico aparecido en *El Nacional* el 24 de diciembre de 1896: “Aquí o sobra o falta algo. ¡O sobra zapateo o sobran los Santos Peregrinos!”. A tal crítica de finales del siglo le antecedía un cúmulo de observaciones de ese tipo esparcidas en la prensa.

De la lectura de conjunto se concluye que los cambios referidos, esto es, *referidos* y no explícitamente mencionados por los cronistas en añoranza de tiempos pasados pero no muy lejanos, tienen su origen, o al menos se acentuaron, con la separación del Estado y la Iglesia impulsada por la *facción liberal* triunfante. Quiérase que no, la libertad de credo incidía en la relajación de los privilegiados espíritus poseedores de cuerpo, de

modo que los etéreos castigos *post mortem* empezaron a avenirse con los placeres sensuales. Así es posible entreverlo en el siguiente comentario conservador de la *Revista Universal* del 23 de diciembre de 1869:

*“En aquella época que se ha dado en llamar de retroceso, las familias se divertían, es cierto, con los giros de la danza en las noches de posadas; esa distracción iba precedida por el rezo de una novena, en cuyas oraciones se conmemoraba el nacimiento del Salvador. Acaso era inconveniente la costumbre, no queremos discutirlo; pero su recuerdo nos halaga porque despierta en nuestra memoria los de una época menos aciaga para la patria”.*



Niños mexicanos S. XIX.

Insistimos, la época de retroceso aludida no puede ser otra que aquella del dominio eclesiástico, pero también de la inestabilidad política de la primera mitad del México independiente, por lo que se aplicaría aquí el refrán de que "todo depende del color del cristal con que se mira". Sea como fuere, la nostalgia por esos tiempos idos es constante y así lo confirma *El Monitor Republicano* del 28 de diciembre de 1873 en una nota aún más conservadora:

*"Curioso es en efecto, observar como las costumbres efectúan sus revoluciones. Nuestros abuelos eran formalotes, con ellos no había tu tía... Nuestros abuelitos no andaban con chicas: a las ocho a cantar la letanía, después la novena, el rosario, en seguida unos cuantos confites revueltos con tostado de horno, y uno que otro calabazate, y después a dormir, que aquellos santos señores no estaban para desveladas"*.

*El Federalista*, en su edición del 24 de diciembre de 1871, proclama sin rodeos:

"Este año ha habido magníficas posadas. En la mayor parte de ellas se ha suprimido ya la antigua costumbre de pasear a los Santos Peregrinos, que sin duda han de estar más contentos así, por que hora (sic) se ha procedido con entera franqueza y no se les ha invocado como pretexto"...

Once años más tarde, el 15 de diciembre de 1882, el *Diario del Hogar* afirmaba:

*"Antiguamente, la ceremonia de las posadas revestía un carácter enteramente místico; el progreso le ha dado una forma profana, y sólo como por vía de disimulo y por el qué dirá la gente de antaño, sacan a los pobres peregrinos en unas andas desvencijadas a dar un paseo por el patio de la casa para mandarlos incontinenti a descansar a la cocina"*.

Después de todo, como quedara plasmado en la letra de aquel melancólico villancico:

*"La Noche Buena se viene,  
la Noche Buena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más"*.

De esas transformaciones, que pese a todo no terminaban por anular la tradición y, en cambio, multiplicaban las imágenes de la realidad, surgían algunas opiniones divergentes. *La Patria* del 21 de diciembre de 1879 refutaba, tajante:

*"Por más que Juvenal exclame a cada paso que las costumbres se van, lo cierto es que las más poéticas de entre ellas se conservan aún y viven con una vida que en nada hace sospechar que están siquiera próximas a desaparecer... Díganlo, si no, las posadas, alegre temporada en que la ciudad entera parece animarse con los radiosos destellos de una alegría infantil, para celebrar el nacimiento del niño Jesús"*.

Erradicación de formas anticuadas para mantener viva la esencia de la tradi-

ción, o como se diría hoy parafraseando la famosa frase de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, aunque aplicada en otro sentido: para que la tradición permanezca, la tradición debe cambiar, aún cuando los gastos sobrepasaran el limitado presupuesto de las familias, característica del mexicano de siempre, se dirá, porque según *El Federalista* de fecha ya citada, en un comentario que trasluce un dejo existencial del cronista, pero también el sentimiento melancólico expresado a través de nuestras fiestas, las posadas dejaban “un profundo vacío en el bolsillo y un desengaño en el alma”.

En muchos hogares la melancolía pachanguera sobrepasaba con enjundia a la exhausta economía familiar, y la pignoración y la subasta de bienes personales eran a menudo el medio con que la primera reanimaba a la segunda y la envalentonaba a seguir el primero o segundo jueves después de Navidad con un “baile de compadres”. “...Sabido es que una temporada de Posadas no se considera completa si no termina definitivamente con un buen baile de compadres”, se lee en *El Monitor Republicano* del 4 de enero de 1880. Si bien ya para entonces algunos grupos sociales, sobre todo las colonias de europeos y los infaltables imitadores entre las clases altas mexicanas, celebraban el Año Nuevo, este festejo todavía no se aclimatava entre los estratos más bajos ni suplantaba al baile de compadres, como sucedería al avanzar el siglo XX.

La ciudad se ponía de cabeza y los comerciantes se aprestaban a sacar provecho de sus mercaderías. Ya se valían de los espacios publicitarios en los periódicos. *El Monitor Republicano* del 21 de diciembre de 1868 anuncia los productos de José Antonio Ferriz, en cuyo establecimiento del Portal de la Fruta expendía “vinos y licores finos y co-

rrientes”. Se diferenciaba explícitamente la calidad de las bebidas alcohólicas, absteniéndose de meter gato por liebre. Que no se trataba de un raro caso, lo demuestra el mismo periódico al día siguiente, con un anuncio de la “Dulcería y Pastelería Suiza de los Señores Minetti y Tonella”, donde los consumidores encontrarían “Vinos finos y ordinarios”.

Entre otros sitios, el atrio de la Catedral se destinaba al comercio de artículos para los nacimientos. De lo que ahí sucedía nos relata en prolija descripción *La Patria* del 21 de diciembre de 1879:

*“El heno gris y caprichoso; la verde y fresquísima lama; las resinosas ramas de los árboles de invierno; las esbeltas palmitas; los carretillos de plateados hilos; las tablas de peregrinos; las mulas y bueyecitos de barro; los borregos de blanca cera; los pastores; los ermitaños; las compuestas y fantásticas piñatas; las cajitas para regalos; la multicolora colación; los farolillos venecianos de mil colores; las casitas rústicas con su escarcha abrigada sobre los cubiertos peñascos; los dorados serafines con sus penachitos de flotantes plumas; los versos para pedir y dar posada; la novena de los Santos Peregrinos; las Campanas de Carrión a lo divino; los vistosos cucuruchos de dulces, todo esto ofrecido, voceado y pregonado por mil comerciantes de todos sexos y edades; ya colocados al aire libre, ya bajo el toldo de blanquísimas y coquetas barracas de lienzo; reverberando aquí y allá las luces de los candiles y de las luminarias de simple ocote; mezclándose el vendedor astuto y avisado con el sinnúmero de perplejos compradores –generalmente niños– que se aturden con la barahúnda y los gritos de los expendedores”.*

Pero el comercio de artículos de temporada se expandía, como hoy, al Zócalo y calles aledañas. Por ello, la única ventaja práctica del término de la tempo-

*“Antiguamente, la ceremonia de las posadas revestía un carácter enteramente místico; el progreso le ha dado una forma profana, y sólo como por vía de disimulo y por el qué dirá la gente de antaño, sacan a los pobres peregrinos en unas andas desvencijadas a dar un paseo por el patio de la casa para mandarlos incontinenti a descansar a la cocina”.*



Los religiosos encargados de la evangelización representaron en las posadas el peregrinar de José y María a su salida de Nazaret en camino a Belén y, posteriormente, el nacimiento de Jesús. Esta representación se conforma de nueve posadas, que se inician el 16 de diciembre y consiste en solicitar alojamiento en ese simbólico camino a Belén hasta el día 24, fecha del nacimiento de Jesús.

rada posaderil, decía en tono de alivio el *México Gráfico* del 30 de diciembre de 1888: "Es que ya pueden ustedes cruzar con toda libertad por la Plaza de Armas. Con toda libertad, porque afortunadamente ya volvió a convertirse en calles dejando de ser mercado".

Las posadas de los pobres, que no es difícil imaginar eran la mayoría, tenían como puntos de partida y de llegada las pequeñas accesorias de los artesanos y las habitaciones interiores de las vecindades. De ellas se hace un retrato en el mismo número de la publicación precitada:

*"En las que ni hay un piano que alegre la velada ni recursos para expensar una modesta música de cuerda, se forma con fresca lama en un rincón limpiquito de la única mesa del hogar, la cama de musgo del que va a nacer. Colócanse allí pequeñitos peregrinos de tosco barro, y al son de los vibradores pitos de agua, y del ruido sonoro de algún transparente objeto de cristal se entona alegremente la letanía, encabezada por la madre o por la abuela y coreada por los chiquitines de la vecindad, por la voz robusta, aunque desafinada, del albañil que vive al lado y del padre de familia que celebra la posada".*

Convencionalismo de todos los tiempos el de encomiar con extremada exageración el fervor religioso de los pobres y su apego a las buenas costumbres, en contraste con una realidad menos idílica, porque no dejaba de presentarse el lado infausto. *La Voz de México* del 16 de diciembre de 1885 refería matrimonios descompuestos, escándalos, desafíos, embriaguez y muertes a lo largo de las nueve noches de posadas. Y *La República*, de fecha 18 del mismo mes insistía:

*"Lo peor es que, según los números que no mienten, hay más muertes, comisiones de delitos y desórdenes en viernes de Dolores, Semana Santa, Corpus y Posadas".*

Y remataba con una disyuntiva:

*"Decididamente: necesitan los fieles una total regeneración, y si esto no es posible, que se supriman tantas fiestas religiosas".*

Un anhelo de fraternidad bajo el signo de la religión, pero fuertemente acotado por la impronta de los malestares económico, social y psicológico, era el vigoroso resorte de la celebración popular, y cuando lo popular se impone, los gobernantes pueden hacer todo, excepto suprimir por decreto.

El 29 de diciembre de 1878 se describe en *El Monitor Republicano* la magnificencia de un árbol de Navidad (uno de los primeros conocidos en la ciudad, según la compiladora) colocado en casa del general Miguel Negrete, que enmarcó el festejo de Nochebuena:

*"...Sembrado de luces, cubierto de heno, extendía sus ramas a una gran distancia, conteniendo como doscientos cincuenta obsequios, entre los que cada invitado tenía el derecho de elegir uno designado por un número que de antemano se repartió; los obsequios consistían en juguetes de muy buen gusto y aun de lujo, que las señoras recibían como una delicada galantería, como un grato recuerdo".*

He aquí otra costumbre anglosajona adoptada primero por los grupos pudientes y que, poco a poco, se iría aclimatando en el resto de los hogares. Era la globalización de entonces, en una urbe con sus propias contradicciones y sus malestares sociales, con sus anuencias y rechazos ante la modernidad que transformaba las tradiciones y dejaba su estela de añoranzas por los tiempos idos. ●

\* Profesor de la licenciatura en Planificación para el Desarrollo Agropecuario, Facultad de Estudios Superiores Aragón.